

101	Holmstedt
102	Holmstedt
103	Kellerman
104	Lafayette
105	Lafayette
106	Lafayette
107	Lafayette
108	Lafayette
109	Lafayette
110	Lafayette
111	Lafayette
112	Lafayette
113	Lafayette
114	Lafayette
115	Lafayette
116	Lafayette
117	Lafayette
118	Lafayette
119	Lafayette
120	Lafayette
121	Lafayette
122	Lafayette
123	Lafayette
124	Lafayette
125	Lafayette
126	Lafayette
127	Lafayette
128	Lafayette
129	Lafayette
130	Lafayette
131	Lafayette
132	Lafayette
133	Lafayette
134	Lafayette
135	Lafayette
136	Lafayette
137	Lafayette
138	Lafayette
139	Lafayette
140	Lafayette
141	Lafayette
142	Lafayette
143	Lafayette
144	Lafayette
145	Lafayette
146	Lafayette
147	Lafayette
148	Lafayette
149	Lafayette
150	Lafayette
151	Lafayette
152	Lafayette
153	Lafayette
154	Lafayette
155	Lafayette
156	Lafayette
157	Lafayette
158	Lafayette
159	Lafayette
160	Lafayette
161	Lafayette
162	Lafayette
163	Lafayette
164	Lafayette
165	Lafayette
166	Lafayette
167	Lafayette
168	Lafayette
169	Lafayette
170	Lafayette
171	Lafayette
172	Lafayette
173	Lafayette
174	Lafayette
175	Lafayette
176	Lafayette
177	Lafayette
178	Lafayette
179	Lafayette
180	Lafayette
181	Lafayette
182	Lafayette
183	Lafayette
184	Lafayette
185	Lafayette
186	Lafayette
187	Lafayette
188	Lafayette
189	Lafayette
190	Lafayette
191	Lafayette
192	Lafayette
193	Lafayette
194	Lafayette
195	Lafayette
196	Lafayette
197	Lafayette
198	Lafayette
199	Lafayette
200	Lafayette

NOTAS

Y

PIEZAS JUSTIFICATIVAS

DEL TOMO TERCERO.

NOTA 1.ª PAGINA 21 LINEA 11 TOMO III.

El siguiente documento es uno de los que cita Mr. de Lally Tolendal en su carta al rey de Prusia.

Copia de la minuta de una sesion celebrada el 4 de agosto 1792, escrita de mano de Lally Tolendal.

4 de agosto.

Mr. de Montmorin, antiguo ministro [de negocios extranjeros. — Mr. Bertrand, antiguo ministro de marina — Mr. de Clermont-Tonnerre. — Mr. de Lally-Tolendal. — Mr. Malouet. — Mr. de Gouvernet. — Mr. de Guilliers.

«Tres horas de deliberacion en un sitio retirado del jardin de Mr. Montmorin. Cada cual dió cuenta de lo que habia descubierto. Yo habia recibido una carta anónima en que me avisaban de una conversacion en casa de Santerre, anunciando el proyecto de marchar sobre Tullerias, matar al rey en medio de la confusion y apoderarse del príncipe real para hacer de él lo que exigiesen las circunstancias; ó si el rey no quedaba muerto, hacer prisionera toda la familia real. Resolvimos todos que era indispensable saliese el rey de Paris, á cualquier precio que fuese, escoltado por los Suizos, por nosotros y por nuestros amigos que eran bastante numerosos. Contábamos con Mr. de Liancourt que habia ofrecido salir desde Rouen á recibir al rey, y despues con Mr. de Lafayette. Apenas acabábamos de deliberar cuando llegó Mr. de Maleshérbes, el cual venia á dar prisa á Mma. de Montmorin

doso: los ciudadanos que te aguardan, así lo esperan; y los que permanecen aquí desean que apresures tu salida... Sin embargo se te debe reconvenir por algunos excesos de generosidad con tus enemigos; despediste al rey de Prusia un poco á la francesa, es decir, á la antigua manera francesa (aplausos.) Pero esperamos que el Austria pagará por los dos, pues tiene con qué; no guardes ninguna consideracion con ella, porque nunca podrá pagar los ultrages que su familia ha hecho al género humano.

« Vas á Bruselas Dumouriez (aplausos); vas á pasar á Courtray. Allí ha sido profanado el nombre frances: un general engañó la esperanza de los pueblos; el traidor Jarry incendió las casas. No he hablado hasta ahora mas que de tu valor, ahora me dirijo á tu corazon. Acuérdate de aquellos desgraciados habitantes de Courtray; no engañes esta vez sus esperanzas; promételes la justicia de la nacion, la nacion no te desmentirá.

« Cuando estés en Bruselas... nada tengo que decirte acerca de la conducta que debes observar...: si encuentras allí á una muger execrable, que vino hasta las murallas de Lille á saciar su ferocidad con el espectáculo de las balas rojas... pero esta muger no te esperará... si la encuentras, la haras prisionera: ya tenemos otras que son de su familia...; la enviarás aquí... mándala afeitar la cabeza de modo que no pueda nunca ponerse peluca.

« En Bruselas va á renacer la libertad bajo tus auspicios. Un pueblo entero se va á entregar á la alegría; tu restituirás los hijos á sus padres, los esposos á sus esposas; el espectáculo de su felicidad te servirá de descanso en tus trabajos. Niños, ciudadanos, muchachos y mugeres todos se agolparán á tí y te abrazarán como si fueses su padre: ¡ De que felicidad vas á gozar Dumouriez!... Mi muger... es de Bruselas; ella te abrazará tambien. »

Este discurso fué muchas veces interrumpido con los aplausos.

NOTA 3, PAGINA 275, LINEA 4, TOMO III.

He aqui el cuadro trazado por Garat, que es quien mejor observó los personages de la revolucion, de los dos lados de la convencion.

« En el lado derecho de la convencion estaban casi todos

los hombres de quienes acabo de hablar, sin poder divisar entre ellos otro espíritu que el que ya les habia conocido. Veia pues en ellos no solo aquel republicanism de sensacion que no consiente en obedecer á un hombre, sino cuando habla *en nombre de la nacion*, y como habla la ley, sino tambien aquel otro mucho mas raro, que es el del pensamiento, el cual se ocupa en descomponer y volver á constituir todos los resortes de la organizacion de una sociedad de hombres semejantes en derechos y naturaleza, y que ha sabido aclarar aquel feliz y profundo artificio por el cual se puede asociar en una gran república lo que parecia inasociable, esto es la igualdad y la sumision á los magistrados; la agitacion fecunda de los ánimos y de las inteligencias con un orden constante é imutable; un gobierno, cuyo poder se ejerce de un modo absoluto sobre los individuos y la multitud, y está siempre sugeto á la nacion; un poder ejecutivo, cuyo aparato y formas exteriores den cierta idea del esplendor de la república, y nunca de la grandeza de una persona.

« En este mismo lado veia sentarse algunos hombres que poseian perfectamente aquellas doctrinas de economia política que enseñan á abrir y ensanchar todos los canales de las riquezas particulares y de la nacional, á enriquecer escrupulosamente el tesoro público con las porciones que le suministra el caudal de cada ciudadano; á crear nuevos manantiales y aun nuevos rios de las riquezas particulares con el buen uso de lo que ellas han depositado en las cajas de la república; á proteger ilimitadamente todos los géneros de industria sin favorecer á ninguna; á mirar las grandes propiedades, no como esos lagos esteriles que absorben y conservan todas las aguas que en ellos acumulan las montañas, sino como unos estanques necesarios para multiplicar y aumentar los gérmenes de la fecundidad universal, derramándolos de uno en otro en todos los parages que hayan quedado secos y estériles; doctrinas admirables que han introducido la libertad en las artes y el comercio antes que existiese en los gobiernos, y que son esencialmente propias de las repúblicas, como únicas capaces de dar un fundamento sólido á la igualdad, no por medio de una *frugalidad* general que siempre se viola y sujeta mucho menos los deseos que la industria, sino al contrario por el de una mediana universal, adquirida á fuerza de trabajos, cuya ingeniosa variedad y multiplicacion pueden absorver por si solos y en ventaja de la libertad aquella actividad turbulenta de las democracias, que

después de haberlas atormentado largo tiempo, fue causa de que desapareciesen las antiguas repúblicas en medio de las tormentas y nublados de que estaba recargada su atmósfera.

«Había en el lado derecho cinco ó seis hombres cuyo ingenio podía concebir aquellas grandes teorías del orden social y económico, y otro gran número, cuya inteligencia podía comprenderlas y esparcirlas: allí también fueron á alistarse algunos de los que antes eran muy violentos é impetuosos, pero que después de haber recorrido y agotado todo el círculo de sus escesos demagógicos, no aspiraban más que á separarse y combatir las locuras mismas que habían propagado; allí en fin se sentaban, á la manera que los hombres piadosos se postran delante de los altares, aquellos que dotados de pasiones suaves, con un caudal decente y una educación regular estaban dispuestos á honrar con todas las virtudes privadas á la república que les permitiese gozar de su reposo, de su dulce benevolencia y de su felicidad.

«Cuando apartaba mis ojos de este lado derecho para fijarlos en el izquierdo y particularmente en la Montaña, ¡qué contraste tan singular se me presentaba! Allí veía agitarse con el mayor tumulto un hombre cuya cara cubierta de un barniz entre amarillo y color de cobre que parecía salir de las sangrientas cavernas de los antropófagos ó del suelo abrasado de los infiernos; que en su modo de andar convulsivo, brusco y desigual, se asemejaba á aquellos asesinos escapados de los verdugos, pero no de las furias que parece intentan aniquilar al género humano para libertarse del espanto que les inspira la vista de cualquier hombre. En tiempo del despotismo, á quien él no pudo cubrir de sangre como á la libertad, había tenido aquel hombre la ambición de hacer una revolución en las ciencias, y se le vió atacar por medio de sistemas osados y absurdos los mayores descubrimientos de los tiempos modernos y del espíritu humano. Errantes sus ojos por la historia de los siglos, solo habían parado su atención en la vida de los cuatro ó cinco principales esterminadores, que convirtieron en desiertos las ciudades, para volverlos luego á poblar de una raza formada á su imagen ó á la de los tigres: esto es lo único que él había podido retener de los anales de los pueblos, todo lo que sabía y todo lo que quería imitar. Por un instinto semejante al de las fieras más bien que por ninguna idea profunda aunque perversa, había formado juicio de hasta donde pueden llegar las locuras y atrocidades de un pueblo cuando de repente rompe las cadenas políticas

y religiosas: esta fué la idea dominante, zsi en sus periódicos como en sus palabras y acciones. ¡Y es posible que un hombre tal pereciese á manos de una muger, y que se hayan erigido en la capital de la república más de 50 mil bustos suyos!

«A su lado se colocaban hombres que por sí mismos no hubieran concebido atrocidades semejantes, pero que envueltos con él en uno de aquellos actos atrevidos cuya enormidad misma les aturdió, y cuyo riesgo les hacía estremecer, al paso que desaprobaban las máximas del monstruo, tal vez las habían imitado ya, y no les disgustaba que se creyese podían todavía repetir las. Miraban con horror á Marat, pero no se horrorizaban de servirse de él, sino que le colocaban en medio de ellos ó delante de ellos, llevándole en su pecho como la cabeza de Medusa. Siendo tan general el asombro que causaba semejante hombre parecía versele en todas partes y que él era toda la Montaña, ó que toda la Montaña era como él; y en efecto había entre los corifeos de ella muchos que solo desaprobaban en los crímenes de Marat la falta de disimulo.

«Pero en lo que no convengo con la opinión de muchos hombres de bien es en que yo creo que había muchos entre aquellos mismos gefes que unidos con los otros por la fuerza de los sucesos más que por sus propios sentimientos, volvían de cuando sus ojos arrepentidos hacia la prudencia y la humanidad, y hubieran efectivamente ejercido muchas virtudes y hecho grandes servicios apenas se les hubiera creído capaces de hacerlos. Acudían á la Montaña como á un puesto militar aquellos que tenían mucha pasión por la libertad y muy poca por las teorías; los que creían que estaba amenazada y aun rota la igualdad con la simple grandezza de las ideas y la elegancia del lenguaje; los que habiendo sido elegidos en una cabaña ó en un taller, no podían habituarse á creer que fuese republicano el que no llevaba el mismo traje que ellos; los que entrando por primera vez en la carrera de la revolución, tenían que ostentar aquella impetuosa violencia con que había principiado la gloria de casi todos los grandes revolucionarios; los que siendo todavía muy jóvenes, y más aptos para servir á la república en los ejércitos que en el santuario de las leyes, creían que porque nació la república con el estruendo del cañon, había de continuar este mismo estruendo al promulgar sus decretos. También acudían á este lado izquierdo, como á un asilo más bien que como al puesto que les tocaba, muchos de aquellos dipu-

tados, que habiendo sido educados entre las clases proseri-
 tas de la nobleza y el sacerdocio, se veian espuestos, á pesar
 de su pureza, á las sospechas, y huian á lo alto de la Monta-
 ña para que no se les acusase de que eran incapaces de llegar
 á la altura de sus principios; allí se nutrian de sus propias
 sospechas y vivian entre fantasmas aquellos caracteres graves
 y melancólicos, que acostumbrados á ver frecuentemente uni-
 da la falsía con la urbanidad, no podian concebir otra virtud
 que la aspereza, ni otra libertad que la que estaba mezclada
 con groseria; allí se sentaban tambien algunos de aquellos
 que habiendo bebido en las ciencias exactas, no solo la rec-
 titud, sino tambien la tirantez de las ideas, y orgullosos de
 poseer conocimientos inmediatamente aplicables á las artes
 mecánicas, afectaban separarse no solo por el lugar que ocu-
 paban, sino tambien por su desden, de los literatos y filósofos
 cuyas luces no son tan inmediatamente útiles á los tejedores
 y á los herreros, porque solo llegan á los individuos despues
 que han ilustrado á toda la sociedad. Ultimamente, allí gus-
 taban de votar todos aquellos que con mas ó menos talento,
 se hallaban dispuestos por su propio carácter, á escenderse
 mas bien que á llegar al límite propio de la energia y entu-
 siasmo revolucionario.

«Esta es la idea que yo me formaba de los elementos de los
 dos lados de la convencion nacional.

«Si los hemos de juzgar por la mayoría de los elementos
 de cada uno, debia parecerme cada uno de ellos muy capaz
 de hacer grandes servicios á la república: el derecho, para
 organizar la administracion interior con prudencia y magna-
 nimidad: el izquierdo, para comunicar al ánimo de todos los
 Franceses aquellas pasiones republicanas y populares, que
 son tan necesarias á una nacion que se ve acometida por to-
 da la coalicion de los reyes y por toda la soldadesca de
 Europa.»

NOTA 4, PAGINA 333 LINEA 22 TOMO III.

*Relacion de la visita que hizo Marat á Dumouriez en casa
 de la Señorita Candelle, extractada del diario de la república
 francesa y escrita por el mismo Marat en su número del miér-
 coles 17 de octubre 1792.*

Declaracion del Amigo del pueblo.

«Con menos sorpresa que indignacion de ver á los antiguos
 criados de la corte al frente de nuestros ejércitos, y conser-
 vados despues del 10 de agosto en sus destinos por influjo, in-
 triga y necedad, atreverse hasta á degradar y tratar como
 criminales á dos batallones patriotas, bajo el ridiculo y pro-
 bablemente falso pretesto de que algunos de sus individuos
 habian sacrificado á cuatro desertores prusianos, me presenté
 en la tribuna de los jacobinos para denunciar aquella odiosa
 trama, y pedir dos comisionados distinguidos por su civismo
 para que me acompañasen á casa de Dumouriez y fuesen tes-
 tigos de sus respuestas, asi como de mis preguntas. Fuime á
 su casa con los ciudadanos Bentabolle y Monteau compañe-
 ros míos en la convencion, y nos respondieron que estaba
 en el teatro y que comia fuera de casa.

«Supimos que estaba de vuelta del teatro de las varieda-
 des, y nos fuimos á buscarle al club del doctor Cypher, don-
 de nos digeron que habia de ir, pero perdimos el tiempo.
 Por fin supimos que habia dado palabra de ir á cenar á la ca-
 lle de Chanterene, en la casita de Talma, y en efecto la gran
 hilera de coches é iluminacion que habia nos indicaron el
 templo donde el hijo de Thalia festejaba á un hijo de Marte.
 Quedamos sorprendidos de encontrar á la guardia nacional
 de Paris dentro y fuera de la casa, y despues de haber atra-
 vesado una antesala llena de criados mezclados con los húsa-
 res, llegamos por fin á un salon ocupado por una numerosa
 sociedad.

«Estaba á la puerta Santerre el general del ejército de Pa-
 ris, haciendo el oficio de lacayo ó introductor. Y este fue
 quien me anunció en alta voz al momento que me vió, y por
 cierto que me desagradó mucho, porque este aviso podria
 hacer que desapareciesen algunas de las máscaras que yo hu-
 biera querido conocer. Sin embargo no degé de atisvar las

suficientes para coger el hilo de las intrigas. No hablaré de una docena de señoritas destinadas á adornar la funcion, porque no es de presumir que su venida fuese para tratar de negocios de política. Tampoco haré mencion de los oficiales nacionales que andaban haciendo la corte al gran general, ni de los antiguos cortesanos que formaban su comitiva bajo el uniforme de edecanes. Ultimamente tampoco diré una palabra del amo de la casa que andaba en medio de todos ellos con trage de histrion. Pero no puedo dispensarme de declarar para inteligencia de las operaciones de la convencion y conocimiento de los que escamotan sus decretos, que en aquella augusta compañía estaban Kersaint, el *factotum* de Lebrun, y Roland y Lassource y Chenier que son las columnas de la faccion republicano-federativa; y tambien Dulaure y Gorsas sus galopines folletistas. Como habia tanta confusion, no pude distinguir más que á estos conjurados, que probablemente serian en mayor número, y como todavía era temprano no habrian venido todos, porque no hay que dudar en que asistirian á la fiesta los Vergniaud, los Buzot, los Camus, los Rabaud, Lacroix, Guadet y Barbaroux que todos son de la intriga y pertenecen al mismo conciliábulo.

« Antes de dar cuenta de nuestra conversacion con Dumouriez, conviene pararme un instante con el juicioso lector para hacer algunas observaciones que no serán inoportunas. ¿ Habrá quien crea que este generalísimo de la república, que se dejó escapar al rey de Prusia en Verdun y capituló con el enemigo, á quien pudo forzar en su campo y hacerle rendir las armas en lugar de favorecer su retirada, haya escogido un momento tan crítico para abandonar los ejércitos que están á sus órdenes y venirse á correr los teatros para que le aplaudan y entregarse á las orgias en casa de un cómico con las ninfas de la ópera?

« Dumouriez ha encubierto los motivos secretos que le llaman á Paris con el pretexto de concertar con los ministros el plan de operaciones de la campaña. ¿ Y qué, ha de tratar de estas cosas con un Roland que no entiende una palabra mas que de intrigas rateras y de astucia y mentira? ¿ Con un Garat, que no sabe mas que echar cuatro frases afectadas y ser un adulator académico? Nada diré de Monge á quien tienen por patriota; pero que es tan ignorante de las operaciones militares como sus compañeros, que no entienden una jota. Con quienes ha venido Dumouriez á concertarse es con los intrigantes de *la élite* que están tratando de estable-

cer la república federativa, y este es el verdadero objeto de la maraña.

« Al entrar en el salon vi que estaba preparado el festin, y no se me ocultó que mi presencia perturbaria la alegría, como que soy el espantajo de los enemigos de la patria. Dumouriez sobre todo parecia estar cortado, y así le supliqué que pasase con nosotros á otra pieza para conversar con él á solas un corto rato. Tomé la palabra y nuestra conversacion se redujo á lo siguiente: « Nosotros somos miembros de la convencion nacional y venimos á suplicar á usted que nos dé algunas esplicaciones sobre el asunto de aquellos dos batallones, el de Mauconseil y el Republicano á quienes acusó usted de haber asesinado á sangre fria cuatro desertores prusianos. Hemos recorrido las secretarias de la comision militar y departamento de la guerra, sin encontrar el menor indicio de prueba de su delito, y ninguno puede enterarnos mejor que usted de todas las circunstancias. — A esto respondió, señores, yo envié todos los documentos del proceso al ministro. — Pues nosotros aseguramos á usted que tenemos en nuestro poder una memoria redactada en las secretarias y en su nombre en la cual se dice que faltando allí antecedentes para pronunciar sobre este pretendido delito, es necesario dirigirse á usted para obtenerlos. — Pero señores, ya he informado de todo á la convencion, y me refiero á ella. — Sin embargo, permitanos usted hacerle la observacion de que aquellos informes no bastan, supuesto que las comisiones de la convencion, á donde se ha remitido el asunto, declaran en su informe que no pueden esponer juicio alguno, en atencion á que les faltan noticias y pruebas del delito denunciado, y así suplicamos á usted que nos diga si está instruido del fondo del negocio. — Ciertamente que lo estoy y por mi mismo. — ¿ No seria tal vez por una denuncia hecha por usted, confiado en el informe de M. Duchasseau? — Pero señores, yo creo que cuando digo cualquier cosa, me parece que tengo derecho á ser creído. — Si nosotros pensáramos lo mismo que usted, no daríamos el paso que estamos dando; mas antes tenemos grandes motivos de duda, y muchos miembros de la comision militar nos anuncian que esos pretendidos prusianos eran 4 franceses emigrados. — Y cuando fuese así.... — Ah, eso cambiaria el estado de la cuestion, y sin adelantarnos á aprobar la conducta de los batallones, podria suceder que fuesen absolutamente inocentes; lo que importa averiguar son las circunstancias que provocaron aquellas

muertes; y hay cartas del ejército en que se dice que esos emigrados fueron reconocidos como espías enviados por el enemigo, y hasta se atrevieron à rebelarse contra los guardias nacionales. — ¿Cómo, y Vm. aprueba la insubordinacion de los soldados? — No Señor, yo no apruebo su insubordinacion pero detesto la tirania de sus gefes, y tengo motivos para creer que aqui ha habido una intriga de Duchaseau contra los batallones patriotas, y es irritante el modo con que usted les ha tratado. — Señor Marat, usted es sobradamente vivo y yo no puedo explicarme con usted. » En esto Dumouriez viéndose demasiado apretado, salió del apuro dejándonos, y mis dos compañeros se fueron con él, y en la conversacion que tuvieron no salió de sus trece diciendo que habia enviado los documentos al ministro. Durante aquella plática me vi rodeado de todos los edecanes de Dumouriez y de los oficiales de la guardia de Paris, procurando Santerre apaciguarme hablándome de la necesidad de subordinacion en las tropas. « Lo sé lo mismo que usted, le respondí yo, pero estoy irritado del modo con que se trata á los soldados de la patria, » y todavia tengo sobre mi corazon las matanzas de Nancy y « del campo de Marte. » En esto se pusieron varios edecanes de Dumouriez à declamar contra los agitadores, pero yo les dije: « Déjense ustedes de esas ridículas declamaciones, porque en « nuestros ejércitos no hay mas agitadores que los infames « oficiales, sus soplones y sus pérfidos cortesanos, à quienes « tenemos la sandez de dejar al frente de nuestras tropas. » Hablé à Moreton Cabrillant y á Bourdoin, de los cuales el uno es antiguo criado de la corte, y el otro un soplón de Lafayette.

« Quedé indignado de cuanto habia oido y de las atrocidades que presentia en la odiosa conducta de nuestros generales; y no pudiendo aguantar mas me salí de allí y vi con admiracion que en la pieza inmediata y en las puertas estaban con la boca abierta muchos húsares de Dumouriez con el sable al hombro. Ignoro cual pudiese ser el objeto de aquella ridicula farsa, y si la discurrieron para intimidarme, preciso es convenir en que los criados de Dumouriez tienen grandes ideas de la libertad. Tengan ustedes paciencia señores, que ya aprenderemos á conocerla, y entre tanto persuádanse á que su amo tiene mas miedo á mi pluma que yo à los sables de sus ganapanes. »

NOTA 5 PAGINA 346 LINEA II TOMO III.

Entre las cabezas mas serenas é imparciales de la revolucion no se puede menos de citar à Petion, porque ninguno juzgó con mas sensatez los dos partidos en que se dividia la convencion. Era tan notoria su equidad, que por ambos lados consentian en remitirse à su juicio, y cuando se verificaron aquellas acusaciones al principio de la asamblea, que tantas disputas ocasionaron en los jacobinos, propuso Fabre de Eglantine remitirse à Petion para que juzgase de parte de quien estaba la razon, y he aqui los términos en que se esplicó:

Sesion del 29 de octubre 1792.

« Otro medio hay que me parece muy útil y podria producir mayor efecto, porque sucede siempre que cuando se quiere armar una gran intriga necesita esforzarse para adquirir un gran crédito personal. Si hubiera un hombre que lo hubiese visto todo y podido apreciarlo todo en ambos partidos, no dudariais de que siendo este amigo de la verdad fuese el mas à propósito para dársela à conocer; pues bien yo propongo que vosotros mismos insteis à ese hombre, que es miembro de vuestra sociedad, à que diga su dictamen acerca de los crímenes que se imputan à los patriotas; obligad à su virtud à que diga todo lo que sabe, y este hombre no es otro que Petion. Por mas condescendencia que se le suponga por sus amigos, me atrevo à aseguraros que jamas los intrigantes han podido corromper à Petion, sino que siempre se ha mantenido puro y sincero y no tengo inconveniente en decir aqui que yo voy à hablarle muy à menudo en la convencion y en los momentos mismos de la esplosion, en los cuales aunque disimula su pesar, yo conozco bien lo mucho que sufre; y esta misma mañana estaba empeñado en subir à la tribuna. El no reusará ciertamente escribir todo cuanto piense y veremos si à pesar de que yo propongo en público este medio de saber la verdad, consiguen las intrigas separarle de ella. Observad, ciudadanos, que este solo paso probará que buscáis la verdad, y es un homenaje que rendis à la virtud de un buen patriota, con tanto mas motivo cuanto lo intrigantes se cubren con su virtud para darse alguna importancia. Pido que se ponga à votos la mocion. (Aplausos.)